

muchacho ensabanado de su *San Mateo y el ángel*, también sin alas. En el *Muchacho con cesto de fruta...* Es decir —sostengamos el estupor— que hay ángeles niños y ángeles pandilleros, de rodillas heridas como el alumno Dargelos de Cocteau, rockerillos de macrociudades... ¿Ángeles soturnos y soterraños? Es bien sabido, desde el relato bíblico, que algunos ángeles se rebelaron contra Dios, y fueron castigados. Entre ellos estaba Satán, Luzbel, el más hermoso de los ángeles... Los diablos han solido tener (basta recordar al Bosco) una iconografía horrorosa. Pero los ángeles caídos o rebeldes eran ángeles bellos y el romanticismo reclamó y defendió esa *belleza del mal* que habría de oponerse a un Bien (el de la sociedad dominante, el del Poder establecido) que había destruido el mundo. Contemporáneamente, pues, los ángeles caídos (los chicos callejeros, los rebeldes sin causa, los perdedores amigos de la destrucción y del abismo, como el joven actor suicida River Phoenix) son los ángeles más atrayentes: los ángeles que corresponden a nuestra sed de morbo (de liberación) y a nuestra oscura atracción por una sociedad otra, distinta, diferente. El ángel satánico y hermoso —maquillado— del espectáculo *Flowers* de Lindsay Kemp (basado en *Notre Dame des Fleurs* de Jean Genet, y que vi en Madrid en enero o febrero de 1978) me proporcionó este poema de deslumbramiento y oscuridad angélicos:

BEAU SATAN

*¿Qué palabra agregar, más allá de «inocencia»?
Si le miras los ojos es dulzura estancada.
¿Quién entonces atreve «esplendor de la sangre»?
Mas si guarda un puñal y los labios son blandos...
Si te acercas y tocas un calor de veranos
—muslos leves de agua y cinturas de fuego—
¿por qué la tierra arañas, y quién «mal» o «blasfemia»?
Es deseo o candor de cisne simbolista,
color de trigo rubio crecido entre columnas.
La más dulce saliva prende un lazo de muerte
el terso cuerpo tibio, la seducción suicida...
Desciende la escalera oscura de una Academia pobre,
y entre fragor de juveniles ruidos y afásicos
fantasmas...: Su mirada. «Crimen», la palabra perfecta.*

Un ángel es inocente, sí, o parece inocente. Pero evoca - o provoca - en muchas zonas oscuras de nuestro psique. La belleza fría se vuelve fuego. La seducción enciende una mecha, y un ángel —que retorna en nosotros el morbo de la malignidad o de la transgresión— siempre tiene una espada en la mano: porque, o nos arroja del Paraíso o nos mata. Nos deja desdichadamente fuera de su esplendor: los ángeles buenos también son malos. Y los perversos también son buenos. Un ángel —y vemos al ángel

mucha veces— siempre nos deja en la perplejidad de un misterio. El ángel enciende —en su purísima luz— pasiones de tinieblas.

Es curioso que la iconografía clásica (poco conocida) de Eros sea triple: la belleza juvenil masculina —esculpida por Scopas— se representó en Eros, Himeros y Pothos. Eros se define como el amor activo. El segundo como el irresistible anhelo hacia la personalidad amable, ofrecida ante los ojos. Y el tercero, como el deseo conmovido hacia un destinatario amoroso remoto o inalcanzable. Pothos es (iconográficamente) el más lánguido de los tres muchachos. ¿Responderá esta triada —en el poderoso subconsciente colectivo— a la de los referidos arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel? ¿O mudando a Gabriel por un Uriel más femineizado? Πόθος —en griego— significa primordialmente: deseo, ansia, anhelo, nostalgia. El ángel —evidentemente— lo aúna todo. ¿No podríamos ver en el famoso *Hermes* praxiteliano en Olimpia (con la famosa curva de la cadera) una imagen camuflada de Pothos? Presenta amor, lo siente corporalmente (visualmente) y ofrece lejanía. ¿Hasta dónde alcanza la belleza del deseo? Praxíteles trazó un colosal ángel dulce. Miguel Angel —en el *David*, otra enorme estatua— un ángel belicoso, duro. Pero la allendidad, la lejanía son idénticas. El ángel nos recuerda (y nos enseña) que el mundo esta mal hecho.

Malcolm de James Purdy y *Sergio* de Manuel Mujica Láinez son dos novelas sobre ángeles. Muchachos de insuperables candidez y belleza. Perseguidos, agasajados, deseados, mimados. Todo en su derredor se vuelve laberinto, lucha. Ser ángel —en el mundo— parece sumamente incómodo. Claro que hay ángeles más perversos —o más directos, si la inocencia es perversión— o más atrevidos. Los ángeles cándidos son esos guapos que lo ignoran. Los ángeles perversos son los chicos malos, los moteros, los rockeros de lujo y mugre. La belleza agresiva y dulce. El mal (si hablamos de ángeles) es sólo una incitación, un decir *no* a la sociedad normativa, el apetito de nuestra libido o de nuestro fondo (a menudo lo negamos), la necesidad de recorrer el lado del jardín que nos prohibieron. No hablamos, naturalmente, de mal absoluto o de mal metafísico. Hablamos de un bien al que los padres —los santos padres— llaman *mal*. Los romances angélicos del *Romancero gitano* (1927) de Lorca hablan de todo esto. *San Miguel lleno de encajes/ en la alcoba de su torre,/ enseña sus bellos muslos/ ceñidos por los faroles. (Un bello niño de junco,/ anchos hombros, fino talle/piel de nocturna manzana,/ boca triste y ojos grandes,/ nervio de plata caliente,/ ronda la desierta calle.)* ¿*Piel de nocturna manzana* —me pregunto— no será algo similar al célebre *cabello de ángel*, fórmula que citó y fascinó a Verlaine, en español? Casi todos los anuncios —de moda, de dietética, de discotecas modernas— piden el favor del ángel. Una nueva discoteca de Madrid invitaba ayer (marzo, 1995) a un pase de modas de

Gianni Versace. La invitación es una foto de tres adolescentes junto a una elegante chimenea de mármol de casa señorial. Sobre la chimenea misma está sentada una muchacha delgada y sofisticada, claramente mujer. A sus pies —sobre la alfombra— reposa un muchacho muy angélico, bello, pero rotundo de formas masculinas. Mas a la derecha, con chistera, casi de perfil el rostro, media melena, pecho desnudo y pantalones rosados, se sienta un chico con una vela en la mano. Por la pose, los muslos evocan femineidad, el pecho es moceril, delicado, la cara, con pelo largo, no tiene sexo, es absolutamente inidentificable... Son —los tres— pero más este último, el perfecto icono del culto angélico contemporáneo: moda, estética, belleza... ¿Qué hacemos quienes no somos ángeles, o sólo nuestro corazón lo proclama?

El culto a los arcángeles es el culto a Eros, a su triple imagen. Pero sabemos que este culto angélico se *degrada* —digámoslo así— en angelotes, niños rellenitos, sonrosados— *putti*, —se dice en italiano— que no parecen constatar otra cosa que un adorno; igual que el culto a Eros se degrada en Cupidos, niñotes con la aljaba y el arco, amorcillos, *amoretti*, personajes un poco oprobiosos de barroco y rococó... El angelote o el amorcillo no son una sublimación absoluta y descarada de la más terrible pederastia —creo que no— son simplemente lazos, florituras. Pues la belleza, cuando pierde sentido, se convierte en pompón, en adorno. Los ángeles dieciochescos (que amaba Gregorio Prieto) llenos de plumas y de enaguas, son un tránsito decorativo entre el adolescente mago y el niñito engalanador. Quizá sofistican el cielo para las mentes frívolas...

Es importante decirlo, contestarlo. ¿Atrae sexualmente el ángel? ¿Apetece su carne, teóricamente floral y pura? Un ángel debe producir el estupor sensorial de la virginidad. El ángel lleva al amor udrí de los árabes refinados de Bagdad. Desearíamos la máxima sensorialidad, el máximo placer, alejando la palabra *lujuria*. Pero sin deseo no hay ángel. El ángel es codiciable, adorable, pero invita a la prosternación, mejor que al amor. Se nos dijo que hay ángeles de la guarda, pero ¿habrá ángeles de compañía? Los prerrafaelistas, los simbolistas, los decadentes fueron grandes adoradores de ángeles. Formas efébricas en que la belleza exaspera, glacializa y turba. Veamos una rara y exquisita acuarela de Gustave Moreau (1826-1898) *Poeta muerto llevado por un centauro*. El poeta es adolescente, andrógino, de largo pelo largo, corona de lauro y enojada lira. Un órfico muchacho desmayado, al que lleva un centauro, de torso viril, rudo y barba de sabio. El fuerte centauro agacha respetuoso la cabeza. Digámoslo enseguida: el poeta es el ángel. El centauro somos nosotros. Siempre queremos tocar al ángel o al menos transportarlo, llevarlo, el gozo de la *foría* (véase la espléndida novela de Michel Tournier, *El rey de los alisos*). Queremos tener

ángeles, amar ángeles, ver ángeles, tocar ángeles: espiritualizar la carne, no abolirla. ¿No es otro ángel San Sebastián, joven en las pinturas, Adonis y mártir? La mitología clásica se atrevió a raptar a Ganimedes —otro arquetipo angélico— ¿Por qué no nos hemos atrevido nosotros —o si lo hemos hecho— a raptar al ángel? Los ángeles han llenado (y llenan) la cultura de Occidente. Hasta los espantosos nazis sacralizan como ángeles a sus héroes arios. El ángel —en realidad— siempre es candoroso y turbio, siempre benigno y turbador: sea en las muchachas de Leonor Fini, o en la desbandada angélica de Ginés Liébana, uno de los grandes angelólogos de nuestra pintura moderna. ¡Angelesas de Fini —terribles, dulces— ángeles de Liébana —delicados, trascendentes— a vosotros debiéramos dedicar el título de un raro librito de Eugenio D'Ors (de 1940, pero menos fascinador que su título) *Oraciones para el creyente en los ángeles!*

En Estados Unidos (lo he contado en un artículo) hacen furor ahora los libros sobre ángeles y sobre gatos. Nada raro. El amor a los gatos y a los ángeles (como en Baudelaire) supone siempre un apetito espiritual extremo. Angeles y gatos nos ponen en contacto con la belleza y con el misterio. Hablan de respeto y de elegancia, de deseos ocultos, ardores y sublimidad. Gatos y ángeles son culto de artistas, culto de hiperestésicos. Deseo de estar en el mundo, más allá del mundo. De la vida, más allá de la vida.

Bueno será —visto este océano de signos y de necesidades— terminar rezando. Pero nosotros no somos ni católicos ni paganos, somos alucinados por la resbaladiza belleza, convertida en símbolo.

No hemos sido capaces de soportar la realidad. No podemos. Queremos perdurar y queremos la muerte. Miramos el brillo de las criaturas en el cenit de la gracia, y la inmortalidad se vuelve muerte y sueño palpables. Los seres vírgenes en las playas del verano, los seres del amor en los balcones de enfrente, los seres de la dicha en los anuncios, los labios que boicotean la tortura de la carne, las piernas y el pelo cuya longitud es una celebración completa, nos exigen la máxima tensión, la espiritualidad más refinada —Todo nos dice que existe el milagro, pero que el milagro es caedizo—. La belleza existe, pero es huyente. ¿Dónde se detienen la belleza y el tiempo? Que el ángel, pues, nos mire y nos tienta. Que no nos olvide el ángel. Como nosotros, los ángeles son hermosos y condenados. En su fungible eternidad ignoran su condena. Que nos bese un ángel. Que el ángel nos recuerde lo imposible y que nos diga también (con su espíritu/cuerpo) que la imposibilidad, la perfección, la música celeste son posibles. Vemos lo imposible. Ahora lo pedimos. Que así sea.

Luis Antonio de Villena